

La oración litúrgica en comunidad

Javier Álvarez-Ossorio
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 123 – 5 de abril 2018



Capilla de la comunidad SSCC en Barrio Córdoba
Bogotá (Colombia)

Una de las imágenes más consoladoras de nuestra vida en común es la de ver a los hermanos **rezar juntos** en la capilla durante la Eucaristía o en alguno de los oficios de la Liturgia de las Horas. Son los momentos de oración litúrgica en comunidad. (cf. Constituciones 51, 52 y 57)

Se diría que ahí es donde se constata de manera más patente que somos creyentes. Nos dirigimos al Señor, lo alabamos, lo invocamos, reconocemos explícitamente que Jesús ha resucitado y que está vivo. Todo eso sería absurdo sin la fe. La liturgia es el momento en que, con humildad y con verdad, nos unimos a la Iglesia entera, y actuamos como miembros del pueblo que hace memoria de su Señor y se inserta en la oración del Hijo al Padre.

La oración del Hijo

La oración litúrgica tiene el encanto del "**dejarse llevar**" por la oración del Otro. Los salmos, la plegaria eucarística, los himnos, el Padrenuestro, los textos de la Iglesia... nos ofrecen las palabras del diálogo interior de Cristo con el Padre. Nosotros nos unimos a esa

oración del Hijo, nos montamos en el carro de la oración de la Esposa (la Iglesia, cuerpo de Cristo), y nos sumergimos así en una corriente de alabanza que nos envuelve y nos conduce.

No hace falta que nuestras liturgias estén demasiado adornadas o llenas de discursos. No olvidemos la observación de Jesús: "cuando recéis, **no uséis muchas palabras**, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso" (Mt 6,7). Los ejercicios que nos ayudan a dialogar (conversaciones, símbolos explicados, dinámicas de grupo, etc.) pueden ser buenos para reuniones, pero no son necesarios (y a veces distraen) en la oración. En la liturgia no nos celebramos a nosotros mismos, sino al Señor resucitado, presente con la fuerza de su Espíritu.

"Realicemos la salmodia de tal modo que nuestra mente se acompañe a nuestra voz", dice san Benito en su Regla (nº 19,7). Es decir, no se trata tanto de que mi voz exprese mis sentimientos o mis ideas, sino de que el misterio que se expresa en las palabras de la liturgia transforme mi interior.

San Cipriano, en su tratado sobre el Padrenuestro, decía: "Cuando hacemos oración, **que el Padre reconozca las palabras de su propio Hijo**; el mismo que habita dentro del corazón sea el que resuene en la voz". ¡Qué hermosa manera de expresar el trabajo de Dios en nosotros! Somos una comunidad a través de la cual el Padre sigue reconociendo la oración de su Hijo. Deslumbrante misterio de intercesión reparadora, que ocurre en la sencillez de nuestras capillas, en el pequeño grupo de hermanos que celebra la liturgia, incluso en los momentos de despiste o somnolencia que en ocasiones nos advienen durante la oración en común.

Jesús ora en nosotros. Esta sorprendente y cotidiana luz ilumina toda nuestra vida, que está llamada a ser toda entera una "liturgia existencial", una ofrenda de amor, como la vida de Jesús.

Liturgia SSCC

¿Hay algo particular que distinga la liturgia celebrada por las comunidades SSCC? Fundamentalmente no, ya que la liturgia es patrimonio y vínculo de unión de toda la Iglesia. Tenemos, eso sí, algunos textos litúrgicos propios, aprobados por la Santa Sede, que convendría conocer y utilizar adecuadamente.

De todas maneras, si tuviera que subrayar algún aspecto de la liturgia que me resulta más familiar en nuestro estilo SSCC, sería **el silencio**. Tanto el silencio de la mente y de los labios, que aprendemos en la adoración eucarística, como el silencio en la acción, que nos lleva a "hacer el bien poco a poco y sin mucho ruido", como decía san Damián (Carta a Pánfilo, 13 diciembre 1881).

Hay un texto de los "Anales" de la Congregación, del año 1872 (Tomo I, p. 13), que, hablando de la adoración eucarística, describe de manera sugerente ese silencio que caracteriza nuestra oración y nuestra acción:

"Llevamos, en nuestra existencia exterior, ese amor de la oscuridad que surge de la intimidad con el Dios desconocido. Hacer el bien sin ruido, ése es el rasgo característico que el Corazón de Jesús imprime como un sello en el corazón de nuestra comunidad durante el coloquio de la adoración..."

En la adoración aprendemos a amar el misterio de Dios, que es escondido y discreto, lo que nos lleva a **amar** activamente también de forma discreta, **sin hacer mucho ruido**.

Lo que se dice ahí de la adoración, se puede aplicar también a nuestra oración litúrgica. Podemos decir que los hermanos que rezan juntos expresan exteriormente el amor que suscita el misterio escondido de Dios. Lo que nos une más íntimamente como comunidad es lo que ocurre en la liturgia, mucho más que nuestras afinidades psicológicas o nuestras elaboraciones mentales. Nos vamos haciendo hermanos en la medida en que vamos entrando juntos en la oración de Jesús.

Mediante la liturgia celebrada en comunidad, se va imprimiendo en nosotros el "sello" con que el Corazón de Jesús quiere marcarnos: el de hacer el bien sin ruido. Estamos llamados a participar en el amor de Dios, que es potente y reservado a la vez. "Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha" (Mt 6,3), nos pedía Jesús. Así, el fruto auténtico de nuestra vida litúrgica será lo que dice el profeta: "practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios" (Miqueas 6,8).



Mezquita de Granada (España)
El nombre de Dios es "Misericordioso"
بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ